

Estructuración psíquica¹



MYRTA CASAS DE PEREDA²

Todo intento de tratar con los orígenes puede desembocar riesgosamente en una teoría unitaria, en una construcción totalizadora del hombre, verdadero punto álgido que conduce al malestar en el psicoanálisis y que, sin embargo, hace de ese interrogante, siempre renovado, un eje de su existencia. El ser humano, su ser en el mundo, no coapta jamás con lo inconsciente que lo determina. Y su anhelo de comprender, entender o explicar la vida va a estar necesariamente marcado por esa imposibilidad radical, consustancial a lo más vital de nuestra existencia.

Sabemos del *impasse* que representa para el progreso del psicoanálisis tanto una concepción genetista pura como una estructuralista a ultranza. Mi planteo intentará atravesar ambos riesgos centrándome en el sujeto del inconsciente y privilegiando su proceso de estructuración, donde el sujeto se realiza en relación con el otro (funciones materna y paterna) por los efectos de la indefensión propia del ser humano.

La indefensión es la marca a fuego de la ontogenia que organiza las múltiples y sutiles redes en las que el sujeto, para acceder a su propio deseo, necesita ser deseado y sostenido metafóricamente y literalmente por sus padres. ¿Y dónde leemos los efectos de esta estructuración, sino en el movimiento del cuerpo y de la voz?

Y esto, que se constituye en discurso infantil, es efecto, producto al mismo tiempo que producción, pues el niño, en este encuentro esencial con los brazos y las palabras del otro, empieza a sostener y articular sus primeras marcas.

1 Trabajo publicado originalmente en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 76, 1992: pp. 83-94.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mcasaspereda@adinet.com.uy

Primeras, segundas o infinitas, son marcas en un proceso permanente de tensa actividad constitutiva en los primeros años, que implican al mismo tiempo una disponibilidad permanente de funcionamiento psíquico que autoriza la tarea analítica en cualquier momento de la vida.

Marcas que en el legado freudiano se subsumen en la representación (*Vorstellung*) con todos sus alcances y también sus límites. El término *representación*, anclado en raíces filosóficas propias de la época freudiana, es alcanzado por el desarrollo de la lingüística, que entra modificada al psicoanálisis a través de la obra de Lacan. Y en los últimos años es también influido por la semiótica y la pragmática, que relevan y renuevan la lingüística. Así, el símbolo y el proceso de simbolización se colocan tal vez a la par de la representación.

Si «hablar es hacer cosas con palabras» (Austin, 1982), aparece una productividad del discurso que vuelve muy significativo el aspecto estructurante en juego. ¿Del estructuralismo de la lingüística, con sus aportes innegables, nos deslizamos hacia un cierto vuelco neopositivista?

El lenguaje deja de ser esencialmente comunicación y se le subraya el aspecto de producción.

El discurso infantil —en su doble faz de gesto y palabra, imagen y vocablo consustanciales y presentes en el jugar— diagrama en actos sucesivos «plenos de sentidos» (libretos lúdicos conscientes, preconscientes) la emergencia de no sentidos o la producción de un sentido nuevo (emergencia de deseo inconsciente), discurso como texto (Bajtín, 1989) que siempre se desarrolla en la frontera entre dos sujetos.

Palabra y acto, trama significante que se escribe a medida que se juega la puesta en escena del discurso infantil, donde el analista, a quien se dirige dicha «escritura», deberá no traducir, sino hacer posible la puesta en escena literal que constituye la transferencia. El juego del niño, su jugar, no es *lo preverbal*, sino discurso no verbal. El *pre* en realidad nos conduce a una mera ilusión evolutiva, pues el inconsciente no evoluciona³, sino que cambia, moviliza, articula y desarticula representaciones, trabaja cada vez en cada experiencia significativa del encuentro-desencuentro del niño y sus padres.

3 Me refiero a una evolución en un sentido teleológico.

Cuando Freud en «Más allá del principio del placer» (Freud, 1920/1979) piensa en la repetición toma dos polos de la misma: el juego del niño y los *impasses* del tratamiento. Compulsión de repetición, lado simbólico del sujeto que se hace presente tanto en un momento de estructuración como en un momento de falla. Momento de estructuración pensado en torno al juego *de fort-da*, que subraya la imprescindible tarea, trabajo de experiencia —el *playing* winnicottiano (Winnicott, .../1972)— que implica la representación, la marca psíquica. El movimiento y el acto en torno a un objeto contingente (un carretel) produce un símbolo, una simbolización (la ausencia de la madre).

Cuerpo y palabra, imagen y representación, se vuelven problemas capitales del psicoanálisis actual.

Reconocimiento perceptivo de objetos y de imágenes en operaciones semióticas sobre un fondo de lenguaje verbal. Proceso de simbolización en el que el cuerpo erógeno, sensible, de la pulsión se hace palabra.

Desde el nacimiento asistimos a una evolución neurológica. La palabra no es inmediata, como no lo es tampoco la disponibilidad motora, y la evolutividad del sistema nervioso no debemos verla en paralelo con el inconsciente y la estructuración psíquica. La productividad del discurso infantil es desde el comienzo mismo una realidad psíquica en la cual la imagen (lo imaginario) —que abarca lo acústico, lo visual, lo olfativo, lo cenestésico— anuda lo perceptivo a la vivencia; anudamiento que implica deseo, pulsión y cuerpo organizando(se) en fantasmas y pensamientos.

Es que, tal como lo plantea Nietzsche (citado en Kristeva, 1981), «en general todo gesto tiene un sonido que le es paralelo; la alianza más íntima y más frecuente de una especie de mímica simbólica y de sonido constituye el lenguaje».

Es precisamente este ámbito de discurso ampliado (gesto, acción y palabra)⁴ el que permite captar los cambios en el pensamiento infantil que

4 No es que realmente la imagen culmine en una palabra o que el trayecto inverso implique una regresión como señalaba Freud en los sueños. Ya hace muchos años, Lacan (1954-1955/1983) proponía que la regresión freudiana de la interpretación de los sueños era una necesidad topológica del «aparato» que Freud manejaba en ese momento. Creo que con esta propuesta no perdemos la complejización y significación a posteriori que implica el espacio-tiempo de la infancia. Pienso que la palabra y la imagen tienen un interjuego dialéctico donde ambas se determinan recíprocamente: la palabra generando imagen, la imagen a su vez siendo una palabra imaginada.

van hacia una progresiva pérdida de la magia desde las creencias infantiles entramadas con la ilusión en un lento y permanente proceso de desilusión. Y desde las perspectivas de las defensas, diríamos que de la preeminencia de la desmentida se va articulando una aprehensión de la realidad que pone en juego los efectos de la represión y que es a su vez aprehendida desde la represión.

Mi propuesta de trabajo como recorte especulativo del vasto campo de la estructuración psíquica será la siguiente: pienso que lo que está allí implicado, como sustrato inconsciente, como meollo de la estructuración, **es un juego de presencia-ausencia que vuelve consistente el símbolo de la negación**. Este sería el *pivot* esencial en la constitución de la división del sujeto y la organización de las instancias.

Lo negativo, la negación, la actividad negadora, el trabajo de lo negativo son algunas de las formas en las que este concepto es trabajado en el psicoanálisis actual por numerosos autores: Green (1986/1990), Rosolato (1991), Kristeva, Baranes, Kaës, Lacan (1972/1983), entre otros.

Muchos de estos desarrollos se sostienen en la dialéctica hegeliana; retomo ese punto de partida a través de una síntesis en la que Gil (1989) señala (siguiendo la reflexión de Kojève sobre Hegel) que «la negatividad no es igual a la nada, sino que es **acción creadora**, se expresa por la acción, como obra, a través del trabajo» (destacado mío) y agrega que negatividad y acción en el pensamiento de Hegel están estrechamente unidas. Así, la negatividad se actualiza en tanto acto negador, y este es en realidad un acto transformador. Transforma lo natural en historia personal a través de ese acto de trabajo. Se realizan, pues, al mismo tiempo, el mundo y el individuo histórico. Pero, a su vez solo, podrá serlo (ser individuo histórico) en el reconocimiento de su finitud.

Papel protagónico de la muerte en el pensamiento hegeliano, uno de cuyos efectos es precisamente que el entendimiento está apoyado en una **actividad de separación**.

Es lo negativo, la negatividad, la entidad negadora, lo que separa sujeto de objeto, y así la operación de discriminación tiene lugar. La acción negadora en Hegel es trabajo, y trabajo es transformación. Nada menos que de ser natural adviene hombre.

La muerte y la negatividad, pues, en estrecho vínculo que genera la vida psíquica (entendimiento).

Y en este tránsito (que recorto de todo el desarrollo hegeliano y de su dialéctica), el no-ser y el ser-en-el-mundo —me permito articularlos con la idea freudiana del yo-no yo⁵— se realiza por la acción negadora como trabajo (*Arbeit*) psíquico que resulta en separar sujeto de objeto y objeto de sujeto⁶.

Desde este aporte podemos pensar que existen variadas formas en las que la función de lo negativo se presentifica o se actualiza.

Y en torno a la estructuración psíquica (E. P.) se me destacan tres modalidades del *No*, o tres vías de desarrollo de sentidos diferentes que confluyen en el mismo vocablo.

A. LA NEGACIÓN DISCRIMINATIVA

La *negación discriminativa*, tomada abarcativamente, se hace presente desde comienzos de la vida en el discurso materno y contiene, como contracara, la afirmación. Creo que ambas podemos asimilarlas a la *afirmación* y la expulsión freudianas (*Bejahung* y *Ausstossung*) (Freud, 1925/1979) en su articulación de lo primordial (lo bueno, adentro; lo malo, afuera; verdadero ejercicio del juicio de atribución).

Esta negación es puesta en escena por la madre en esos primeros juegos de «No está-está» cuando cambia a su bebé y juega a esconder su rostro mientras enuncia con tonos cálidos y lúdicos estas palabras fundamentales: «¿No está?! ¡Está...!».

Es primero la madre quien juega al *fort-da*, ocupando el lugar del niño en la subjetivación anticipada, propiciando lo especular. Le «enseña» a jugar el juego de la presencia-ausencia que autorizará la presencia

5 En este momento lógico de la descripción freudiana (Freud, 1925/1979), la discriminación yo-no yo sería desde Hegel (y desde Freud) un ámbito donde no estaría implicado el reconocimiento del objeto, que es el que dialécticamente produce la aparición del sujeto. En estos primeros momentos (lógicos), en los que lo placentero es yo y lo displacentero *lo expulsado*, se trataría de una negación antagónica y no una negación dialéctica que corresponde en Hegel a la aparición del deseo, ese otro momento lógico que implica el reconocimiento del objeto y que para el psicoanálisis implica la mediación simbólica entre la alienación y la separación.

6 En esta aparente reiteración solo deseo subrayar el reflexivo implicado en la constitución del sujeto del inconsciente, sostenido en la función del semejante auxiliador: la madre.

o emergencia del deseo (de que algo esté, de que algo sea), especularidad que hace al sujeto funcionando en el objeto en movimientos de alienación separación. Los juegos de presencia-ausencia inauguran una larga serie a lo largo de la infancia, constituyéndose luego en los juegos del *fort-da* y de escondite. Y si la presencia-ausencia se gramaticaliza en el espacio-tiempo fáctico de los gestos o juegos compartidos —ámbito placentero que reúne por ello el deseo de la madre (de que el niño sea, de que el niño viva)—, esa tarea de transformación, ese trabajo de la acción negadora, tiene lugar, y sus efectos se plasman en hechos de E. P; puesta en marcha del deseo que a su vez promueve los mecanismos defensivos, al tiempo que acontecen marcas y simbolizaciones. Estas defensas, en realidad, no son sino los diversos modos en los que se producen las articulaciones que conllevan la aprehensión de lo real, del mundo, junto a los límites y las frustraciones.

La defensa correlativa a este *No discriminativo* es la desmentida. El *No* de la discriminación que diferencia lo que es de lo que no es necesita pasar por una condición atributiva (está-no está) antes de que pueda establecerse la judicación de la existencia. Presencia como vida y ausencia como muerte se juegan desde muy temprano duplicando la realidad de la indefensión y la imprescindible presencia del otro para la vida (el deseo del Otro). No se puede tolerar la ausencia porque implica la muerte (psíquica, física), y la desmentida entroniza su fuerza en estos primeros años de la vida.

Este trabajo de lo negativo, que es transformación, permite la separación sujeto-objeto, efectiviza la discriminación, pero la elaboración más simbólica de la ausencia, como sería la castración en un contexto edípico, queda aún a distancia. Si bien la estructura edípica está presente desde el comienzo, en el discurso de los padres, el modo de relación objetal condiciona la organización del fantasma. Se vuelve necesaria una experiencia reiterada de la pérdida para organizar el objeto, cada vez, y por ende, el sujeto.

La desmentida da cuenta de los límites del aparato psíquico para enfrentar la simbolización de la ausencia y es un paso de la misma, donde se organiza en lo perceptivo la negación de la ausencia. Se desmiente la ausencia desde la primera alucinación mítica de satisfacción, como se desmiente la ausencia de la madre en la encarnadura factual del objeto transicional (cumpliendo nada menos que la función materna de aliviar

la angustia), así como se desmiente la ausencia del otro como semejante plasmada en el compañero imaginario cuya patología desliza el sentido hacia el doble y lo siniestro o se desmiente también la ausencia del pene de la madre en el fantasma fálico de las *teorías sexuales infantiles* (T. S. I.) —desmentida de la diferencia de los sexos.

La desmentida es consustancial a la estructuración psíquica, y por ello el acceso a la descreencia que implica la aceptación de la diferencia, la salida de la desmentida, no puede venir nunca como esclarecimiento, sino solo como resultado.

El juicio de atribución y el juicio de existencia —en ese orden para Freud (1925/1979)— están en juego en toda afirmación-expulsión que organiza una marca primordial, y la desmentida, que habla de un juicio de atribución que se sustrae, pone de manifiesto el hecho de que la E. P. implica organizaciones en torno a *pivots* estructurales como son la ausencia, la muerte o la castración, que anticipan un periplo de resignificaciones en las cuales la simbolización gana lugar.

Cuando Freud otorga el nombre de «teorías» a una serie de creencias infantiles universales no hace sino otorgar toda la fuerza a un simbólico que nos determina y en el cual lo que allí se encarna es precisamente la desmentida de ausencias. En las T. S. I. es la castración en su negativo lo que se representa (la no castración, la no diferencia de sexos), en primacías orales y anales (coito oral, parto anal), junto a la idealización y la omnipotencia del otro, plasmadas en las creencias (como los Reyes Magos, por ejemplo); ilusión que debe ser consistentemente jugada, escenificada, para que la pérdida sea efectivamente simbolizada.

La indefensión se hace presente en la precariedad de las funciones simbólicas que, en apretada trama con el conflicto, diseñan el modo de vérselas con la realidad: la creencia, la ilusión, las T. S.I. son los ámbitos de la desmentida.

A su vez pienso que la desmentida es una disponibilidad efectiva que no deja de estar siempre presente en el hombre como testimonio de ese trabajo de estructuración que se apoya en última instancia en la finitud; me refiero a que si en la infancia están presentes las creencias y las T. S. I., en la humanidad «adulta» e histórica aparecen los mitos o su versión sublimada en el arte o la religión (creaciones de la cultura).

Y a este aspecto que hemos llamado negación discriminativa se le agrega, como trama que se complejiza, el *No* de la prohibición.

B. EL *NO* DE LA PROHIBICIÓN

También presente en la cotidianeidad, surge siempre como límite que viene de afuera.

Desde el «no llore, mi bebé...» que conduce el deseo de no sufrimiento calmando o aliviando una vivencia dolorosa y que hace presente una modalidad expulsiva del *No*; autorización simbólica a expulsar el displacer que hace marca en la estructura libidinal del bebé. Pero el placer a su vez tiene límites.

Resignificado como prohibición, es muchas veces limitación frente a los riesgos de la vida diaria, habilitando al mismo tiempo un espacio reasegurador. Es que la muerte como riesgo es también presencia simbólica en el deseo parental que conduce al hijo a la aceptación del *No*. Su transgresión o su falta de articulación, implica la amenaza de muerte del deseo, pues allí lo que se juega es el *No* de la prohibición del incesto.

Y en el espacio-tiempo de «lo que no se puede» o «no se debe», presentificando al mismo tiempo lo que se habilita en esas rutinas de lo cotidiano, acontece una imaginarización encarnada de un acontecimiento inconsciente capital, como es la represión: trabajo de un *No* como límite al placer que hace presente la defensa nodal de la neurosis.

El *No* a las demandas, límite al placer, va desde vivencias de frustración a elaboración de límites y organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó.

El *No* de la prohibición vehiculiza desde la función materna o paterna las estructuraciones edípicas parentales y va plasmando en el hijo, en cada encuentro, los efectos de dicha decantación estructural. De allí que las carencias y fallas en este ámbito de la prohibición, que es en última instancia prohibición del incesto, constituyen la base de numerosos efectos patológicos.

Los puntos A. y B. dan cuenta de la coexistencia de defensas como la desmentida y la represión, y precisamente el retorno de lo reprimido es para Freud puestode manifiesto en una tercera cualidad del *No*: la negación (*Verneinung*).

C. LA NEGACIÓN

Se hace presente como juicio condenatorio cuando en realidad «es el sustituto intelectual de la represión», siendo el No señal de la misma: «Su certificado de origen; digamos como el “Made in Germany”» (Freud, 1925/1979), solo que esto es ámbito propio del discurso. Es el No del lenguaje verbal que aparece en la sesión, pero en el ámbito de la E. P. del niño, la operación simbólica que determina un instante de represión implica un No (certificado de origen), que es en realidad una pérdida y una sustitución. Esto a su vez se organiza entre el deseo del niño y el deseo de sus padres (inconsciente) en una imaginarización factual imprescindible: la represión, en curso a lo largo de la infancia, no es discriminable del retomo de lo reprimido⁷.

Entre afirmación y expulsión, entre presencia y ausencia, acontece una marca primordial que deja restos que pueden ser «recuperados» en la negación verbal desde los efectos de la represión.

Pretendo distinguir así, por un lado, el ejercicio del negativo en los efectos señalados en los puntos A. y B.: juego de presencia-ausencia que es habilitado por la función materna que introduce la mediación simbólica. Este ejercicio posibilita discriminaciones, transformaciones (punto A.) y sustituciones (*represión*; punto B.); es decir, funcionamiento inconsciente con sus leyes propias (movimiento del deseo en metáfora y metonimia, condensación y desplazamiento) y que se mantiene por un buen tiempo con una *desmentida* muy consistente.

Por otro lado, la negación freudiana (punto e.), testimonio de la represión.

Creo que es interesante pensar que estos acontecimientos primordiales transcurren junto a señales o índices que resultan significativos. Así, el No en sus momentos más inaugurales es también gesto incipiente que se realiza en la desviación de la mirada que se acompaña con el movimiento de la cabeza hacia ese lado y que luego se completará hacia el otro, dando lugar al gesto universal, hermosa descripción winnicottiana en el juego de la espátula al que Bollas (1989) atribuye un esbozo de representación mental.

⁷ Este hecho tiene para Lacan validez permanente en todo momento de la sesión analítica.

Y en esta peripecia donde opera el *a posteriori* (momento de tiempos lógicos), se abre un espacio donde se actualiza la postergación, la espera, que es un elemento central en el proceso de estructuración.

Me refiero al espacio-tiempo que he denominado metáfora viva, idea que surge de lo trabajado sobre el objeto transicional (Casas de Pereda, 1991, 1992⁸). Proponía allí que el objeto real, que da lugar al objeto simbólico, atraviesa un espacio-tiempo donde se re-presenta (el objeto real) como objeto perdiéndose (objeto perdido); materialidad factual que habla de la necesidad de la experiencia de la pérdida para la representación de la ausencia (un corte de tiempo lógico suspendido y encarnado). El objeto —perdido de entrada, para Freud— necesita perderse cada vez para que esa simbolización inaugural de la pérdida tenga consistencia y se habilite la complejización de los procesos de simbolización.

Juego de itinerancias de presencia-ausencia, modo natural de expresión de la pulsión escandida en su esencia repitiéndose, redobla la también escandida relación de objeto que se ejercita entre el niño y su madre. El mito de la continuidad debe ser reformulado en el sentido de que lo que se continúa, lo que no cesa, es el juego de escansión de presencia-ausencia. Visible en lo oral, donde a la mamada sucede el descanso; similar en lo escópico o aun en lo auditivo, silencio y sonido; o en lo cenestésico, donde se hace evidente la presencia sobre el fondo de ausencia, registro de la diferencia.

Esta jerarquización de lo real no es para hacer prevalecer el aspecto biológico, sino para entender que el ámbito de la simbolización es el cuerpo en movimiento, marcas psíquicas realizándose.

La presencia de la madre y su potencial ausencia se reinscriben en nivel simbólico como presencia-ausencia del deseo de la madre, y a su vez se vivencia como la presencia-ausencia de afecto. Y esto, vuelto a significar en la estructura edípica, presente desde el comienzo a través de los padres y sus marcas, se organiza como la imaginarización de presencia-ausencia de pene materno que pivotea en lo imaginario la unión-desunión, el vínculo narcisista con la madre, lo dual-triangular imprescindible para la vida.

Es que la posibilidad que algo no esté (vida-muerte) se constituye como organizador psíquico. Como señala Fedida (1978), «el juego inventa un lugar para la ausencia precisamente para permitir a la ausencia tener lugar».

Es entre cuerpo y palabra que aparecen sentidos. En la infancia, la consistencia de lo imaginario es directamente proporcional a la indefensión y disminuye a medida que la desilusión gana lugar.

Tal vez necesitamos pensar en un *hiatus*, o desfasaje —como decía en otro trabajo (1992)—, entre esta ida y vuelta de la ilusión a la des-ilusión, del narcisismo al reconocimiento de los límites, de las creencias al saber... de la castración, desfasaje que implica todo el proceso de desarrollo infantil y que es por lo tanto espacio y tiempo reales, años en la vida del sujeto. *Latencia* es la palabra que usó Freud para pensar la estructuración psíquica; espacio y tiempo diferidos que hablan de una dialéctica de significación que el *a posteriori* configura con la articulación del nuevo sentido.

De la aprehensión psíquica del objeto, negatividad del gesto o la palabra, surge el sujeto; es el efecto del trabajo de lo negativo. La constitución del símbolo implica la constitución del sujeto del inconsciente y el fantasma (en relación dialéctica).

Es el corte en el llamado trasvasamiento inaugural madre-bebé lo que queda explicitado en el juego del *fort-da* que Freud también relaciona con el bebé sustrayéndose del espejo y diciendo los mismos fonemas: *ooo*. Juego de alienación-discriminación en el cual, al mismo tiempo que simboliza y representa la ausencia de la madre con el carretel, el niño se instituye como sujeto deseante apareciendo y desapareciendo de *su* imagen, momento de resignificación de la división y tiempo del sujeto funcionando en el objeto, en los objetos de juego.

A lo largo de la infancia, los juegos de *fort-da* son verdaderos trabajos de significación subjetiva. En el juego se significa el deseo, se actualizan necesidades y demandas, y la organización subjetiva, sujeto deseante y sujeto de conocimiento, inconsciente y yo adquieren consistencia. A su vez, los objetos contienen los pasos del proceso de identificación. Me refiero a movimientos de alienación y separación, nombrados de diferente manera en los distintos esquemas referenciales: proyección-introyección, identificación proyectiva, objeto subjetivo-objeto objetivo, bi y tridimensionalidad, simbiosis y salida de la misma, etc. (Klein, Winnicott, Meltzer, Mahler).

«Y este procesamiento simbólico que el juego articula es un tránsito donde la apropiación significativa de lo real es correlativa a los procesos representacionales» (Casas de Pereda, 1992).

Y en esas puestas en escena hay tres elementos en juego:

- la necesidad del otro (en su función anticipatoria), primero especular para ser (sujeto), aconteciendo aquí la primera pérdida (yo no soy ese);
- pérdida que se resignifica en las variadas formas del *fort-da* a lo largo de la infancia, donde el sujeto se afirma en la simbolización de la ausencia del otro (ya no especular);
- y la aparición, primero gestual y luego verbal, del *No* en los primeros meses de la vida del bebé, y que actualizará un nivel cada vez mayor de abstracción del trabajo de lo negativo, del trabajo sobre la pérdida.

Es que aun la represión primaria podemos verla como una simbolización que es división, en tanto es afirmación que lleva en contracara la pérdida. La represión primaria implica para Freud una pérdida absoluta no recuperable, al tiempo que instaura y sostiene toda ulterior operación de represión. La represión primaria, momento de ficción teórica, surge como el *grado O*, imprescindible para el despliegue de una cadena que contiene los elementos básicos de toda simbolización. Y para que ocurra esa pérdida (afirmación y expulsión) —llámese represión primaria, negatividad creadora, metáfora o simbolización—, lo que se vuelve imprescindible es **encontrar respuesta en el deseo del otro; no satisfacción, sino respuesta.** Es el lado realizativo de la subjetivación.

La dialéctica presencia-ausencia que se juega (realiza) con la madre —división inaugural en la palabra materna que lo nombra y que juega a no estar, que se juega en los objetos que pasan de un valor icónico a un valor metafórico (siempre es discurso fálico predominante), que se juega en la ausencia del pene materno que organiza la circulación del fantasma fálico— acompaña al hijo desde el inicio de la vida. No un antes y un después en la cronología, sino momentos y experiencias múltiples de significación y resignificación.

Esto subraya la importancia del valor simbólico de la función materna que debe poder acompañar e incidir en la avalancha de creencias con las que el niño entra a abarcar la realidad; no puede hacerlo de otro modo. La madre *se* ofrece y *le* ofrece juguetes o le ayuda a crearlos porque se necesita un **tiempo** del mencionado **espacio** de metáfora viva, coordenadas de espacio y tiempo indispensables, como señala Cassirer (1972) para la constitución de objeto y, por ende, del sujeto.

Desde el chupete, la frazadita, el osito y la muñeca, la madre otorga o presentifica objetos que iconifican lo real inabarcable. Pero no solo los otorga, sino que permite su puesta en escena; la madre juega y cuenta cuentos, le hace cuentos, fabrica historias, le hace ilusiones.

En esta dimensión de ilusión y engaño, la madre también dice la verdad, pues los cuentos están hechos de la misma argamasa de los mitos en la historia del hombre.

Y es precisamente la puesta en escena el modo de existir del *niño*; en ella es que se crea (recrea) y se produce cada vez *la otra escena*.

Tránsito de estructuración en el cual el niño, escritor con su cuerpo de letras que dice la madre y que dice a la madre, diagrama al mismo tiempo su subjetividad. ♦

RESUMEN

La autora plantea, como meollo de la estructuración, un juego de presencia-ausencia que vuelve consistente el símbolo de la negación.

Es lo negativo, la negatividad, la entidad negadora lo que separa sujeto de objeto, y así, la operación de discriminación tiene lugar.

En torno a la estructuración psíquica, destaca tres modalidades del *No*:

La **negación discriminativa** se hace presente desde comienzos de la vida en el discurso materno. Su defensa correlativa es la desmentida; no se puede tolerar la ausencia porque implica la muerte.

El **No de la prohibición**, también presente en la cotidianeidad, surge siempre como límite que viene de afuera y es muchas veces una limitación frente a los riesgos de la vida diaria. Su transgresión o su falta de articulación implican la amenaza de muerte del deseo, pues allí lo que se juega es el *No* de la prohibición del incesto.

La **Negación** se hace presente como juicio condenatorio cuando en realidad «es el sustituto intelectual de la represión», y el *No* es señal de la misma.

Se subraya la importancia del valor simbólico de la función materna que debe poder acompañar e incidir en el tránsito de estructuración en el que el niño diagrama al mismo tiempo su subjetividad.

*Descriptor*es: RELACIÓN MADRE-BEBÉ / NO / FORT-DA / REPRESENTACIÓN / CONTACTO / LENGUAJE NO VERBAL

*Descriptor*es candidatos: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

SUMMARY

The author proposes an interplay of presence - absence as the core of psychic structuration that gives consistency to the negation symbol. It is the negative, negativity, denial entity that separates subject from object leading to discrimination. Three modalities of *No* are highlighted:

Discriminating denial takes place from the beginning of life in the maternal discourse. It's correlative defense is the denial, absence can't be tolerated because death is implied.

No of the forbidden also present in everyday life, it emerges always as a limit that comes from outside, it could be a boundary against everyday life. This transgression or lacking of articulation implies a death threat of desire because it takes place there the No of incest prohibition.

Negation takes place as a damning judgement although it is the «intellectual substitute of repression» being the No a signal of it. The importance of the symbolic value of maternal function is underlined that should be able to go along and influence the structuration transit where the child diagrams at the same time his subjectivity.

Keywords: MOTHER-INFANT RELATIONSHIP / NO / FORT-DA / IDEA [VORSTELLUNG] / CONTACT / NON-VERBAL LANGUAGE

Candidate keywords: PSYCHIC STRUCTURING PROCESS

BIBLIOGRAFÍA

- Austin, J. (1982). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós-Studio. (Trabajo original publicado en 1962).
- Bajtín, M. (1989). El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. En *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1979).
- Bollas, Ch. (1989). The Psychoanalyst's Multiple Function. En *Forces of Destiny*. London: Free Association Books.
- Casas de Pereda, M. (1991). Gesto, juego y palabra. El discurso Infantil. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 74.
- (1992). *Sobre el Juego y la Simbolización*. Montevideo: Correo de FEPAL, Ed. RB. (Inédito al momento de la primera publicación de este artículo).
- Cassirer, E. (1972). *La philosophie des formes symboliques*. (Tomo 3). Paris: Minuit.
- Fedida, P. (1978). *L'absence*. Paris: Gallimard.
- Freud, S. (1979). La negación. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 249-258). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- (1979). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Gil, D. (1989). *La vida, la muerte y la pulsión*. Montevideo: EPPAL.
- Green, A. (2001). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1972).
- Lacan, J. (1983). *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica, Seminario 2*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original editado en 1954-1955).
- (1983). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos México: Siglo XXI*. (Trabajo original editado en 1972).
- Kristeva, J. (1981). *Semiótica 1*. Madrid: Espiral Fundamentos.
- Rosolato, G. (1991). *Lo negativo. Figuras y modalidades*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Granica. (Trabajo original editado en 1971).